



CANCIONES PARA DESPUES DE UNA GUERRA

QUE VIVA ESPAÑA

Se dice que siempre ha habido un Manolo Escobar en la Historia de España. Sí. Y un cardenal Cisneros y un duque de Alba y un Torquemada. Aquí, hasta empezaron los premios de natalidad, ha habido que defenderse siempre con los mismos, porque éramos cuatro gatos. Pero me parece a mí que para Escobares los de antes. Escobares y Escobedos. Lo que pasa es que a Escobedo se lo cepilló Antonio Pérez. ¿Y a este Escobar quién se lo cepilla artísticamente?

Que viva España...

Pues claro que sí. Pero lo primero que hace falta, para que viva España, y viva en paz, es que usted no me dé la paliza con el transistor de Escobar metido en mi plato de sopa. Escobar apela una vez más al viva Cartagena, que siempre tiene algo de vivan las caenas. Estos canoros que no creen en la canción-protesta, porque dicen que ellos no se meten en política que para eso son artistas, resulta que luego siempre están haciendo política de la otra, o sea constructiva, con la Giralda, la Torre del Oro, el Pilar y que viva España. El disco de Escobar vale por un recurso de contrafuero. Es más po-

lítico que un pido la palabra del señor Pedrosa Latas.

*La vida tiene otro sabor,
España es lo mejor.*

Ya dijo un poeta que España es un sabor. ¿Pero un sabor a qué? Yo diría que un sabor a gambas al ajillo. Es a lo que más sabe España. El Spain is different ministerial y turístico, Escobar lo ha puesto en cristiano y en verso romance. O sea, que aquí la vida tiene otro sabor. Sabor a chicharro, sabor a aceite de soja, sabor a sopipollo adulterado, sabor a salario mínimo, sabor a ti, sabor a señora que no se lava las entrañas, sabor a mandarina que no quiere el Mercado Común, sabor a flan sin huevo y a todo lo hecho sin huevo, pero por huevos.

«España es lo mejor», remata el tío. Es un optimista. ¿Y todos esos rojos que andan sueltos por ahí, como Ruiz-Giménez y tal, y no es por señalar, qué? No hay que callarse lo malo, Escobar, oiga, que usted sólo quiere ver lo bueno; el turismo y las verbenas. ¿Pero y los rojos? Si usted delata a unos cuantos rojos en su copla quedaría redonda, don Manué. Hágame caso y políticese usted un poco, aunque sea usted un artista. ■ TIO OSCAR.

BANDERAS NEGRAS

DURANTE lo más granado de mi vida —siempre en una vida, por humilde que sea, hay una parte granada—, he estado oyendo, sintiendo como un gota-gota incesante y roedor, la apelación a la «crítica constructiva», que es una especie de colaboracionismo vergonzante, es decir, un colaboracionismo tan sutil que a veces ni uno mismo se entera. A lo mejor un día no caes en la trampa, pero otro día sí. Nunca se es lo bastante zorro y nunca se es lo bastante virgen. Y menos virgen prudente. A decir verdad siempre que pude me columpié en el andamio secreto de la «crítica constructiva» procurando desde allí hacerle burla al constructivismo con mi bandera negra. No hay mejor crítica que la bandera negra, aquella de la calavera, la calavera de la trenza y el grito inarticulado, el alarido. La gente, que por lo regular vaga somnolienta por los márgenes del olvido, dice: «Ese alarido significa que un ser humano agoniza en alguna parte». Y uno se da cuenta de que algo inerte se anima. La creación empieza en los mundos agónicos. Lo que existe, para el agonizante, no es la vida, sino la muerte. Y la agonía es la resistencia frente a lo existente. Como el último de tantos, he alzado mis banderas negras contra los conceptos pretenciosos, contra los eruditos a la violación, más que a la violeta, contra la eternidad según pedido y contra las fidelidades neuróticas que niegan el principio de la realidad. Con mucho miedo, gracias a Dios, y echando mano de los amigos para que me ayudasen a respirar, pues a uno le han salido canijos los pulmones históricos. Uno no nació ni para asumir la historia del pueblo de uno. Y es que uno ha leído algo, algún que otro manual ha delectado uno. ¿Con qué cara echar un discurso, entonces? ¿Cómo irse hacia el «populus» y decirle, según ha venido a decirle un señor leonado —«y en el jardín biológico, más Málaga»— que la vida, que la concordia, que el progreso, que la cualidad de la esperanza y que el infinito humano están hacia atrás y no hacia adelante? ¿Cómo, si ha leído uno por lo menos el abecedario? ¡Ah, no! ¡Qué se sepa que no todos nos hemos tragado la revolución del «statu quo», las sinrazones catalogadas de la inmovilidad razonable! Los caballos de fuerza no han evitado la fatiga de los caballos, sino que los han relegado, y su fatiga es ahora más extensa. Los caballos de fuerza han arrebatado el «yo» a los caballos, y el hipógrifo quimérico y de explosión con freno y marcha atrás aplasta con sus discursos a los caballos y a los caballitos del diablo. Así que alzo mi bandera negra. Aquella de la calavera. Aquella de la trenza. Aquella de la vida. ■ LICANTROPO

